La Comédiathèque





El Cuco



Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

El cuco

Jean-Pierre Martinez

En vísperas de Navidad, el regreso inesperado de una abuela a la que todos creían muerta trastoca la rutina de una familia aparentemente normal. Una comedia disparatada y cruel sobre los vínculos familiares. Vaya directamente al infierno... o saque una carta de Suerte.

Personajes

Pablo

Julia

Faustina

Nina

Existe también una adaptación de esta obra para dos hombres y dos mujeres, disponible en las páginas web del autor:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

© La Comédiathèque

Acto 1

Un salón que da a una terraza. Hay algunos adornos navideños, pero ningún árbol de Navidad. Julia, de entre cuarenta y cincuenta años, lee sentada en un sillón un periódico cuyo titular anuncia que la erupción de un volcán islandés ha paralizado el tráfico aéreo. Pablo, su marido, de edad similar, se ocupa de una planta en una jardinera. La riega, la rocía con agua, la poda... Cuando ya no se le ocurre qué más hacer, se sienta en otro sillón. Silencio. Entre ambos hay un gran reloj de cuco antiguo, de pie, que canta tres veces.

Pablo – El cuco siempre canta tres veces...

Julia – ¿Qué hora es?

Pablo – No lo sé. De todas formas, no son las tres.

Julia – Habría que llevarlo a arreglar.

Pablo – O tirarlo. ¿Cuándo pasan a recoger los trastos?

Julia – Es lo único que has heredado de tu familia.

Pablo – Pues sigue siendo un trasto demasiado grande...

Una pausa.

Pablo – Menudo tiempo hace para ser diciembre.

Julia – Parece que estamos en verano.

Pablo – Navidad en la terraza...

Julia – Menos mal que no pensábamos salir de vacaciones hoy. ¿Has visto esto? Todos los aeropuertos están paralizados.

Pablo – Hemos vuelto a los tiempos de las carabelas. Ahora, para que despegue un avión, hay que esperar a que soplen vientos favorables.

Julia – Y todo por un volcán cuyo nombre ni siquiera sabemos pronunciar.

Pablo – Como el del diablo...

Julia – ¿Perdón?

Pablo – ¡El nombre del diablo tampoco se puede pronunciar! Está claro que hay algo diabólico en todo esto.

Julia – Bueno, tampoco es el fin del mundo.

Pablo – A lo mejor los profetas del apocalipsis tienen razón. ¿Y si el mundo se acabara precisamente este 25 de diciembre?

Julia – ¿Por la erupción de un volcán?

Pablo – ¡Por algo así empezó también lo de los dinosaurios!

Julia – Nunca hay que despertar a un volcán dormido...

Pablo – Y ahora, ¿qué hacemos?

Julia – ¿Mientras esperamos el fin del mundo?

Pablo – Cuando nuestro pajarillo haya abandonado el nido...

Julia – ¿Hay un nido? ¿Dónde?

Pablo – ¡Es una metáfora! Hablo de Nina, nuestra hija. Cuando se marche de verdad y nos deje solos en esta casa, con una habitación de sobra.

Julia – No se va para siempre. Y solo se muda a París. Volverá.

Pablo – Sí, en tránsito.

Julia – Prefiero no pensarlo. No todavía...

Pablo – Llevamos más de veinte años organizando la vida alrededor de ella. ¿Qué ha comido? ¿Qué va a comer? ¿Qué ha hecho? ¿Qué va a hacer? Tendremos que acostumbrarnos a que nuestra hija única ya sabe comer e ir al baño sin ayuda.

Julia – Tendremos que encontrar otros puntos de referencia, inventarnos nuevas costumbres.

Pablo – ¿Y qué hacíamos antes?

Julia – Ya ni me acuerdo.

Pablo – Habrá que aprender otra vez.

Julia – Pero nunca volverá a ser como antes.

Pablo – Pues tendremos que reinventarnos.

Julia se fija en la jardinera.

Julia – ¿Te ha dado por la agricultura?

Pablo – Nada, un par de plantas de cannabis. Para consumo propio.

Julia – ¡No me digas!

Pablo – Habíamos quedado en que necesitábamos cambiar de costumbres, ¿no? Un porrito de vez en cuando nos ayudará a olvidarnos de las antiguas. *(Ella lo mira estupefacta.)* Es broma, son tomates cherry. Los he comprado en la floristería.

Julia – ¿En la floristería? Qué detalle, pero no hacía falta. Espero que no te hayas gastado una fortuna...

Pablo – Diez euros. Había ido a comprar un árbol de Navidad, pero dicen que los tomates cherry dan muchísimo rendimiento. Más que un abeto, desde luego. ¿Has visto lo que cuestan? Casi tanto como el cannabis.

Julia – Y además son legales...

Pablo – Como al final me echen del banco, siempre puedo dedicarme al tráfico de tomates cherry.

Julia – Mmm...

Pablo – De momento no he recogido ninguno, claro. Pero es que la compré hace una hora.

Julia – Y estamos en diciembre.

Se quedan un momento en silencio.

Pablo – Ya no sé si ese despido me da miedo o si estoy deseando que llegue.

Julia – Podría ser una ocasión para evolucionar...

Pablo – O el principio del fin, como para los dinosaurios. Ellos no consiguieron evolucionar...

Julia – Tenemos unos ahorros. Cobrarías una indemnización. Y yo sigo trabajando.

Pablo – Lo sé. Eso es lo que me deprime. Hace veinte años no teníamos nada y no nos daba miedo nada. Mucho menos el futuro. Ahora tenemos una casa, dos coches, un seguro de vida cada uno... Lo tenemos todo y nos da miedo todo. Hasta los volcanes. Nos hemos convertido en dinosaurios.

Una pausa.

Julia – Al menos tendrías tiempo de escribir tu novela. Llevas años hablando de ella. ¿Cómo se titulaba?

Pablo – «Memorias de un amnésico».

Julia – Es un buen título.

Pablo – Por desgracia, entretanto se me han adelantado.

Julia – Podrías llamarla «Memorias de un dinosaurio»...

Pablo – También está cogido. Todos los buenos títulos están cogidos. ¡Si hubiera nacido cien años antes, habría podido titular mi novela «En busca del tiempo perdido» o «Viaje al fin de la noche»! Con unos títulos así habría triunfado seguro.

Julia – Dan ganas de dejar de escribir...

Pablo – De momento será mejor que no abandone mis cultivos de terraza. Por si la indemnización resulta menos generosa de lo esperado.

Julia – ¿Tanto te preocupa?

Pablo – ¿Por qué crees que he comprado una planta comestible en lugar de cannabis?

Julia – ¿Porque en la floristería no venden cannabis?

Se oye una flauta estridente, salpicada de numerosas notas falsas.

Pablo – ¿Pero qué demonios es eso? ¡Es espantoso! ¿Cómo voy a escribir una novela digna del Goncourt con semejante escándalo?

Julia – La hija de la vecina... Nina también aprendía a tocar la flauta en el colegio. ¿No te acuerdas?

Pablo – Es verdad. Parece mentira. Ayer le enseñábamos a tocar la flauta y hoy ya es abogada. Aunque, bien pensado, no hay tanta diferencia...

Julia – ¿Por qué lo dices?

Pablo – Los abogados también tienen que saber vender humo.

Julia – Sobre todo si quieren evitar que sus clientes acaben entre rejas.

Pablo – ¡Muy bueno! En cualquier caso, si un día descubren cultivos ilegales en la terraza, podremos llamarla en cuanto nos detengan. Algo tranquiliza, ¿no?

Julia *(mirando la planta con desconfianza)* – ¿Me juras que eso es una planta de tomates cherry?

Entra Nina arrastrando una maleta de ruedas. Es una joven de unos veinte años, de aspecto bastante deportivo.

Pablo – Así que te marchas, ¿eh? Nos dejas aquí solos, como dos carcamales... Por fin vamos a estar tranquilos.

Nina – Yo también.

Pablo – Hablábamos de ti. Le decía a tu madre que, si un día aparece un cadáver enterrado en nuestro jardín, tú nos sacarás del lío con la policía.

Nina – ¿Tú crees?

Pablo – ¡Para algo hemos pagado tus estudios!

Julia – ¿Seguro que no quieres que te llevemos a París?

Nina – Que no hace falta, mamá. Trinidad viene a buscarme en coche.

Pablo – ¿Trinidad? ¿Quién es Trinidad?

Julia – La... compañera de Nina con la que va a compartir piso. Ya sabes.

Pablo – No, si a mí nunca me cuentan nada... ¿Y cuántos años tiene esa Trinidad?

Nina – ¿Y a ti qué más te da? ¿Eres policía?

Pablo – ¿Todavía está permitido ponerle Trinidad a una niña? ¿No lo han prohibido?

Julia – Con lo caros que están los alquileres en París... ¿Seguro que no te dejas nada?

Nina – Si me olvido algo, ya volveré. Tampoco me voy al fin del mundo. *(A Julia.)* ¿Te dejo mis llaves? Por la asistenta...

Pablo – En París, el distrito quince es lo más parecido al fin del mundo. Y sí, deja las llaves en recepción. ¿Has consumido algo del minibar?

Julia – Deberías escribir esa novela. Si pusieras por escrito todas las tonterías que dices, te saldrían varios tomos...

El teléfono suena dentro de la casa.

Pablo – Voy yo. Prefiero no presenciar vuestra desgarradora despedida.

Pablo sale.

Nina – Parece completamente deprimido...

Julia sonríe.

Julia – Se le va su niña de casa. Normal que de pronto se sienta viejo...

Nina – ¡No me voy para siempre!

Julia *(al borde de las lágrimas)* – Eso mismo le he dicho yo... ¿Verdad que volverás?

Nina – ¡Por supuesto!

Nina abraza a su madre para consolarla. Momento emotivo. Después se separan. Nina le da un papel.

Nina – Toma, te he apuntado la dirección y el código del portal. ¡Ven cuando quieras!

Julia – Gracias... *(Guarda el papel en un cajón y saca un revólver.)* Ah, por cierto... Lo encontré debajo de tu cama cuando estaba quitando el polvo. No deberías dejar estas cosas por ahí...

Nina – Perdona, lo escondí para que papá no lo viera. En teoría no debo separarme de él, ni siquiera en casa.

Julia – Dale un beso a Trinidad de mi parte...

Nina – Vale.

Julia – Aunque algún día tendrás que contárselo a tu padre...

Nina – ¿Qué?

Julia – Que aprobaste las oposiciones a policía, no las de la judicatura. ¿Por qué no se lo has dicho?

Nina – Temía que le decepcionara... Era su última oportunidad de verme con toga, aunque solo fuera una vez en la vida...

Julia – Bueno, ser gendarme tampoco está mal.

Nina – Policía, mamá. Soy policía.

Nina va a coger el revólver, pero se detiene ante la planta de tomates cherry.

Nina – ¿Qué es esto?

Julia – Las plantaciones de tu padre. Tomates cherry...

Nina *(poco convencida)* – Ya...

Pablo vuelve con un teléfono inalámbrico en la mano. Julia esconde rápidamente el revólver debajo del sofá y Pablo le pasa el teléfono a Nina.

Pablo *(a Nina)* – Es para ti. Trinidad...

Nina – Gracias... *(Se aleja con el teléfono.)* ¿Sí? Hola, Trinidad...

Pablo – Tiene una voz rara, ¿no?

Julia – ¿Quién?

Pablo – ¡Esa Trinidad!

Julia – ¿Qué tipo de voz?

Pablo – No lo sé... No muy femenina.

Julia – No es azafata, que yo sepa.

Pablo – Ya me lo imaginaba... Pero dime una cosa: ¿qué salidas profesionales tiene alguien que se llama Trinidad? Lo tiene difícil hasta para que la llamen a una entrevista. ¿A qué se dedica?

Julia – Es compañera de Nina, ya te lo he dicho. Están haciendo las prácticas juntas.

Pablo – ¿Las prácticas de abogacía? ¿En qué bufete?

Julia – No me acuerdo... Zelder y Carvani, creo...

Se oye brevemente una sirena de policía en la calle. Vuelve Nina.

Nina – Trinidad me espera abajo. Me tengo que ir...

Julia – ¿Vendrás a cenar en Navidad?

Nina – ¡Que sí! Ya te lo he dicho. Llevaré el pavo.

Pablo – Si quieres, puedes traer también a Trinidad.

Nina – ¿Ah, sí? ¿Y para qué iba a traer a Trinidad? Tampoco estamos casadas.

Pablo – A mí puedes contármelo todo, ¿sabes? Soy tu padre. Te querría igual...

Nina – ¿Todo?

Pablo – Casi todo.

Nina – ¿Incluso si resulta que el pavo lleva placa?

Pablo no parece captar la indirecta.

Julia – Anda, vete ya.

Pablo – Eso, date prisa. Estamos deseando que te vayas... ¡Cuánto tiempo llevamos soñando con tener una habitación de invitados! *(Nina le da un beso.)* Solo nos falta conseguir amigos. Ahora que no tenemos una hija a nuestro cargo, tendremos tiempo de hacerlos...

Nina se prepara para irse con su maleta con ruedas.

Julia – ¿Me llamas al llegar?

Nina – No te preocupes.

Nina se va. Permanecen sentados en el sofá, en silencio.

Pablo – Y ya está. Oficialmente somos unos viejos idiotas.

Julia – Tú ya eras un viejo idiota antes.

Silencio.

Pablo – ¿Quieres jugar al Monopoly?

Julia – A dos no tiene mucha gracia. Pero en Navidad podemos jugar una partida, como todos los años. Con Trinidad...

Pablo – ¿Qué vamos a hacer con su habitación?

Julia – ¡Qué obsesión! No corre ninguna prisa.

Pablo – Podríamos dejarla tal cual y convertirla en un mausoleo. De vez en cuando quemaríamos incienso.

Julia – ¿Te apetece que hagamos un viajecito? Me quedan bastantes días de vacaciones. Y en la funeraria, pasada la época de fiestas, suele venir la temporada muerta...

Pablo – Mmm...

Julia – Vete a saber por qué, la gente prefiere morirse entre Navidad y Año Nuevo.

Pablo – Lo que nosotros necesitamos son unas vacaciones definitivas.

Julia – Me das miedo...

Pablo – Si me despiden, tú también podrías dejar de trabajar.

Julia – No sé si podemos permitírnoslo... Hay que seguir pagando la residencia de tu padre. A no ser que nos toque la lotería... Y yo, ¿qué haría?

Pablo – ¡Por fin podrías hacer lo que te diera la gana! ¿Nunca has querido dedicarte a otra cosa?

Julia – Pues mira, llevo un tiempo dándole vueltas a una idea...

Pablo – No.

Julia – Montar unas habitaciones para huéspedes...

Pablo – ¡Por qué no! Acaba de quedarnos una libre...

Julia – ¡Aquí no! ¡En el campo!

Pablo *(horrorizado)* – ¡En el campo!

Suena el timbre de la puerta.

Julia – ¿Ves? Te dije que volvería. Seguro que se ha olvidado algo...

Julia va a abrir. Pablo coge el periódico y lo despliega.

Pablo *(leyendo)* – «Fuga en la prisión de La Santé. Una reclusa consigue escapar amenazando a los guardias con un revólver de juguete». Qué raro... ¿De qué me suena esa cara?

Julia regresa.

Julia – No es Nina...

Pablo – ¿Quién es?

Julia – Una mujer mayor, vestida de una forma bastante extraña...

Pablo – ¿Con un traje rojo? Será Mamá Noel. Ya decía yo. ¿Quién es esa idiota que ha aparcado el trineo en una plaza para personas con discapacidad?

Julia – Pues esa idiota dice que es tu madre.

Pablo – ¿Mi madre?

Julia – ¡Pensé que estaba muerta!

Pablo – Yo también...

Julia – ¡Eso es lo que me dijiste! ¿No estaba muerta?

Pablo – Para mí estaba muerta... No la he visto desde hace veinte años.

Julia – ¿Y qué te hacía pensar que estaba muerta?

Pablo – Un día, cavando en el jardín de mi padre, encontré unos huesos.

Julia – Tu famosa afición a la agricultura...

Pablo – Pensé que él la había enterrado allí.

Julia – Claro, sí... A mí también se me habría ocurrido enseguida. ¿Y no le preguntaste?

Pablo – ¿A quién?

Julia – ¡A tu padre!

Pablo – Al principio no me atreví. No es una pregunta fácil de hacerle a un padre. Él solo me había dicho que ella se había ido de viaje para mucho tiempo...

Julia – ¿Y luego? ¿No te preguntaste por qué después de veinte años todavía no había regresado?

Pablo – Sí, pero... Desde que papá está en la residencia ya no recuerda nada. Aunque la policía lo sometiera a un interrogatorio brutal, no sabría decir ni cómo se llama...

Julia – Bueno, tampoco vamos a dejarla en la puerta...

Pablo – ¿Por qué?

Julia – Después de todo, es tu madre...

Julia se va, dejando a Pablo desorientado.

Pablo – Pero entonces, ¿de quién eran aquellos huesos del jardín?

Oscuro.

Acto 2

Julia vuelve acompañada por una mujer mayor, de buen porte, vestida con ropa anticuada y algo llamativa. Lleva un paquete de regalo.

Julia – Qué amable por su parte venir a vernos. Pero aún no sé cómo se llama...

Faustina – Faustina. Me llamo Faustina, querida señora. Pero puede llamarme... Faustina.

Pablo – No recordaba que se llamara Faustina...

Momento de incomodidad.

Julia – Bueno, Pablo, ¿no saludas a tu madre?

Pablo – Sí, sí, yo... ¿Mamá? ¿Qué viento te trae por aquí?

Faustina – Un viento en contra, más bien.

Pablo – Curioso... Justo lo contrario me habría sorprendido.

Faustina – Tenía que coger un avión en el aeropuerto Charles de Gaulle, pero con esa nube volcánica...

Pablo *(a Julia)* – ¿Ves como había algo diabólico en lo del volcán? Las entrañas de la Tierra escupen fuego y mi madre aparece después de salir de su tumba...

Julia – Entonces solo está de paso...

Faustina – Pensé que podía aprovechar para visitar a mi hijo... Conocer por fin a mi nuera... y a mi nieto.

Julia – Es una nieta...

Faustina – Ah...

Julia – Y además ha llegado en mal momento...

Pablo – Acaba de irse de casa para siempre. Qué mala suerte: si hubieras venido diez años antes, a lo mejor te la habrías encontrado...

Julia percibe la incomodidad e intenta llenar el silencio.

Julia – Por favor, siéntese.

Faustina le entrega el paquete.

Faustina – Tome, he traído esto para la pequeña.

Julia *(cogiendo el regalo)* – ¡Muchas gracias! Se lo daré cuando la vea. ¿No trae equipaje?

Faustina – Lo he dejado... en la consigna del aeropuerto.

Julia – ¿Le apetece beber algo?

Faustina – No quisiera molestar...

Julia – ¡No faltaría más! A ver qué le podemos ofrecer... Casi nunca tomamos el aperitivo.

Pablo – Tampoco solemos recibir visitas. Tenemos pocos amigos y ninguna familia cercana.

Julia – ¿Le apetece un vino de ciruelas? Lo trajimos este verano de la zona de Agen, en el suroeste de Francia, y todavía no hemos abierto la botella...

Faustina – Vino de ciruelas, perfecto.

Pablo – Va muy bien para el tránsito.

Julia deja el paquete en un rincón y sale. Silencio incómodo.

Faustina – Bueno, hijo, ¿cómo te va?

Pablo – Muy bien, gracias.

Faustina – ¿No te alegras de volver a ver a tu vieja madre?

Pablo – Sí, sí, pero... Apareces en plena erupción, así, de repente...

Faustina – Irrupción. Se dice hacer una irrupción. Erupción es lo de los volcanes.

Pablo – Qué amable volver después de veinte años para corregirme el francés. La última vez que te vi, acababa de hacer el bachillerato.

Faustina – ¿Y aprobaste?

Pablo – Gracias por interesarte por mis estudios, pero ¿dónde has estado exactamente estos veinte años?

Faustina – No muy lejos de aquí, la verdad. A unos pocos kilómetros a vuelo de pájaro.

Pablo – Ah, claro. Eso explica perfectamente que no hayas venido antes a verme. Aunque tú no eres un pájaro...

Faustina – A los pájaros también los encierran en jaulas.

Julia regresa con una bandeja, una botella de vino de ciruelas y tres vasos.

Julia – Aquí está. Esto nos refrescará un poco...

Julia sirve las bebidas.

Faustina – Gracias.

Julia – ¡Quién lo diría! Tomar el aperitivo con las ventanas abiertas en pleno diciembre...

Faustina – Navidad en la terraza...

Julia – Sí, eso mismo decía mi marido... Así que usted es la madre de Pablo.

Faustina – Técnicamente, sí...

Julia – Supongo que no vive en Francia...

Faustina – No tengo una residencia fija.

Pablo – En La Santé sí tenías domicilio fijo, ¿no?

Julia prueba su bebida.

Julia – Está un poco templado, ¿no? Voy a buscar hielo.

Julia se va.

Pablo – ¿Así que te han puesto en libertad? No por buena conducta, supongo.

Faustina – No exactamente...

Pablo – ¿Te has fugado?

Faustina – Es un poco más complicado que eso.

Pablo – A mí ya me parece bastante complicado...

Faustina – Digamos que se dieron... unas circunstancias favorables.

Pablo – ¡Vaya, vaya!

Faustina – Estaba a punto de salir de Francia, pero ese volcán...

Pablo – Entonces te acordaste de que tenías un hijo.

Faustina – En mis circunstancias, preferiría no dormir en un hotel esta noche. Naturalmente, he pensado en ti.

Pablo – ¿Naturalmente?

Faustina – ¿No denunciarías a tu propia madre a la policía?

Pablo – Depende. ¿Ofrecen recompensa?

Julia vuelve con una cubitera.

Julia – ¡Aquí está el hielo!

Con unas pinzas, sirve unos cubitos en los vasos.

Faustina – Gracias por su hospitalidad...

Julia – Por cierto, ¿tiene dónde pasar la noche? Si su avión no despega hasta mañana...

Pablo le lanza una mirada asesina.

Faustina – Me las arreglaré.

Pablo – Además, tampoco es que nos sobre el espacio...

Julia – Está la habitación de Nina. Tú que soñabas con tener un cuarto de invitados...

Pablo – ¡Pero es que ella no es una amiga nuestra!

Julia – ¿Alguien quiere más vino de ciruelas?

Se oye un timbre. Faustina saca del bolsillo un teléfono móvil enorme y anticuado. Despliega su antena telescópica y responde.

Faustina – ¿Diga...? *(A los otros dos.)* Perdonen... ¿Diga...?

Faustina se aleja hacia el interior de la casa.

Pablo – ¿Cómo se te ha ocurrido ofrecerle el cuarto de Nina?

Julia – Es tu madre, ¿no?

Pablo – ¡Pero si no conozco a esa mujer!

Julia – ¿No estás seguro de que sea ella?

Pablo – ¡Hace veinte años que no la veo! Y no recuerdo que tuviera ese aspecto.

Julia – En veinte años la gente cambia. ¿O estás perdiendo la memoria, como tu padre?

Pablo – ¿Tú crees que se parece a mí?

Julia – Si no estás seguro, podemos pedirle el carné de identidad...

Pablo – Yo preferiría registrarla.

Julia – ¿Para qué?

Pablo – ¡Para ver si lleva una pistola!

Julia – Ah, sí...

Pablo – ¿Qué puede haber ahí dentro? Se oye un tic-tac, ¿no?

Julia – ¿De verdad crees que tu madre vendría a inmolarse en nuestra casa con una bomba, después de veinte años sin vernos?

Pablo – Entonces, ¿qué es?

Julia – ¡Es el reloj de cuco!

Pablo – El cuco... ¿Mi madre, quieres decir? A ella también le gusta poner sus huevos en nidos ajenos...

Faustina reaparece con una sonrisa forzada.

Faustina – Me da un poco de apuro, pero al final tendré que aceptar su amable invitación. Un amigo iba a alojarme, pero acaba de echarse atrás.

Julia – No hay problema. Esta es su casa. Al menos hasta que cambie el viento...

Faustina – ¿El viento...?

Julia – La nube radiactiva... Quiero decir, volcánica.

Faustina – Las nubes son como los pájaros. No conocen fronteras.

Pablo – Ni siquiera las del espacio Schengen...

Suena el timbre de la puerta. Faustina se pone tensa.

Faustina – ¿Esperan a alguien?

Julia – No... Voy a ver.

Julia sale.

Faustina – ¿Se puede salir por la terraza?

Pablo – Sí, da al jardín.

Faustina – Ah...

Pablo – Puedes probar a saltar, pero estamos en un tercero.

Faustina – Ah...

Julia vuelve acompañada de Nina.

Pablo – Ah, eres tú... Faustina temía que fuese la policía...

Julia – Nina se había olvidado... el móvil. Como ahora son tan pequeños, nunca se sabe dónde los deja uno. ¡El suyo, en cambio, es imposible perderlo! Faustina, esta es Nina, mi hija... Nina, te presento a...

Pablo *(interrumpiéndola)* – Faustina. Una mujer sin hogar que acabamos de recoger en la calle. Llevaba un cartel colgado que ponía «Tengo hambre», así que la hemos invitado a tomar el aperitivo...

Julia se queda desconcertada ante la mentira y Nina está visiblemente sorprendida.

Nina – Encantada...

Julia – Faustina pasará esta noche aquí.

Nina – Vaya... Poco ha durado libre la habitación de invitados.

Julia – ¿Quieres una copa de vino de ciruelas?

Nina – ¿Por qué no?

Pablo – ¿Seguro que no llegarás tarde? Trinidad se preocupará...

Nina – Tampoco tengo tanta prisa...

Pablo – Voy a servir. *(A Julia.)* ¿Por qué no le enseñas la habitación a nuestra amiga? *(A Faustina.)* La suite familiar, muy tranquila.

Faustina – Muy bien...

Julia – ¿Me acompaña?

Julia sale con Faustina.

Faustina – Señorita...

Pablo sirve una copa a Nina, que lo observa con curiosidad. Él parece incómodo.

Pablo – ¿No te tomas el aperitivo?

Nina – ¿Quién es esa mujer?

Pablo – Ya te lo he dicho, una vagabunda. No sabía dónde dormir esta noche y, como nos sobraba una habitación...

Nina – ¿Desde cuándo te da por la caridad cristiana?

Pablo – ¡Es Navidad!

Nina – Siempre dices que te importa un comino la Navidad.

Pablo – Pues he decidido devolverle su verdadero sentido a esta fiesta, que se ha convertido en una celebración indecente de la sociedad de consumo. ¿Sabías que antiguamente, en Nochebuena, se ponía un cubierto de más por si llamaba un desconocido a la puerta?

Nina – ¿Como Mamá Noel?

Pablo – Lo llamaban «el cubierto del pobre». Se decía que estaba reservado para las almas de los difuntos de la familia, que también estaban invitados a la cena.

Nina *(escéptica)* – Ya...

Pablo – Además, para que veas que es buena persona, ha traído un regalo para ti.

Nina mira el paquete.

Nina – ¿Para mí? ¿Me conoce?

Pablo – Debe de haber oído hablar de ti.

Nina abre el paquete y saca un revólver.

Nina – Un revólver... Estupendo... Dale las gracias de mi parte.

Pablo – De pequeña siempre jugabas a policías y ladrones, ¿te acuerdas? Ninguna de tus amigas quería jugar contigo...

Nina – Ya...

Para disimular su incomodidad, Nina se pone a hojear el periódico.

Pablo – Una vez encerraste a la asistenta en un armario del sótano porque la acusabas de haberte robado unos caramelos. No la encontramos hasta la mañana siguiente...

De pronto, un artículo del periódico llama la atención de Nina.

Nina – ¿Una vagabunda? ¡Pero si sale en el periódico! ¿No lo has visto?

Pablo – No...

Nina – ¡Se ha fugado esta mañana de La Santé! Ya decía yo que me sonaba su cara... Debí de ver la orden de busca y captura en la comisaría.

Pablo – ¿Tiene abogado?

Nina – ¡Esa mujer es peligrosa, papá!

Faustina vuelve con Julia. Nina apunta instintivamente con el revólver a Faustina, que retrocede.

Faustina – Perdone... Si lo llego a saber, habría traído una muñeca...

Pablo – Sí, habría sido más apropiado para una niña. Sobre todo a su edad.

Faustina – No se preocupen, es de mentira.

Nina – Pues está muy bien imitado...

Pablo toma el revólver de juguete de las manos de Nina y lo examina.

Pablo – Desde luego, si le plantas esto delante de las narices a un funcionario de prisiones, se lo cree. *(Lo hace girar torpemente alrededor del dedo, como un vaquero. El revólver se le escapa y cae detrás del sofá.)* Perdón, me falta práctica...

Pablo se agacha y, por error, en lugar del juguete recoge el verdadero revólver que Julia había escondido detrás del sofá. Solo ella se da cuenta.

Julia – ¡Dios mío...!

Pablo *(a Nina)* – ¿Tanto sabes de armas?

Nina – Bueno, es que... En mi trabajo...

Pablo – Mi hija es abogada.

Faustina – Estupendo. Siempre viene bien tener una abogada en la familia.

Julia *(a Nina)* – Me pregunto si no será el momento de salir del armario...

Pablo – ¡Lo sabía!

Nina – No es lo que estás pensando, te lo aseguro. Pero, por favor, deja esa pistola sin hacer movimientos bruscos...

Pablo apunta en broma a su madre con el revólver que cree de juguete.

Pablo – Siempre he soñado con hacer esto... Tendré que comentárselo a mi psicóloga.

Nina – ¡No!

Pablo aprieta sin querer el gatillo y el disparo lo sobresalta incluso a él.

Pablo – ¡Se ha disparado solo! Qué sensible es el gatillo... Y qué realismo. Hasta he notado el retroceso. No sé cómo lo fabrican.

Faustina permanece inmóvil un instante y luego cae al suelo.

Julia – Dios mío, acabas de matar a tu madre.

Pablo – Sí, eso es lo que estaba diciendo... Siempre he soñado con hacerlo.

Nina – ¿Su madre?

Julia – Tu abuela...

Nina – ¡Pero si creíamos que la abuela estaba muerta!

Julia – Bueno, ahora lo está...

Nina – Creo que voy a decirle a Trinidad que no me espere...

Oscuro.

Acto 3

Julia y Nina contemplan consternadas el cuerpo de Faustina, tendida en el suelo. Pablo parece perplejo.

Pablo – ¡Pero si es de mentira! Está fingiendo, para hacernos reír. ¿A que sí, mamá?

Nina – Esa es mi arma reglamentaria.

Pablo – ¿Tu arma reglamentaria?

Nina – Soy policía, papá. No abogada.

Pablo – ¿Policía?

Julia recoge el revólver de juguete.

Julia – El de mentira es este.

Pablo – Vaya... Creo que mi psicóloga lo llamaría un acto fallido.

Nina – Pues para ser fallido, te ha salido bastante bien...

Julia – ¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

Pablo – Podríamos enterrarla en el jardín.

Julia – ¿Es una tradición familiar?

Nina – ¡Pero eso no podemos hacerlo! ¡Es ilegal!

Julia – Cariño, creo que este no es el mejor momento para ponerse tan estricta.

Nina – ¿Estricta?

Pablo – Ha sido un homicidio involuntario...

Julia – ¡Y la pistola es tu arma reglamentaria! Ya te dije que no la dejaras por cualquier sitio...

Pablo – Está fugada. Nadie se extrañaría de que desapareciese.

Julia – Me parece que todavía se mueve...

Pablo – Lo más humano sería rematarla antes de enterrarla, ¿no?

Nina desabrocha la camisa de Faustina y la examina.

Nina – La bala ha rebotado en su medalla. El golpe solo la ha dejado aturdida...

Pablo – ¿Una medalla?

Nina – Parece de acero.

Pablo – La habrá grabado en su celda para matar el tiempo.

Nina – Tiene grabada la imagen del papa...

Julia – ¡Dios mío, un milagro!

Pablo – Un par de milagros más y podrán beatificar al santo padre. No sabía que mi madre fuese tan devota...
Julia – Las italianas, ya sabes... Hasta las mafiosas son devotas.
Pablo – Tampoco sabía que mi madre fuera italiana.

Faustina recupera el conocimiento.

Faustina – ¿Qué ha pasado?

Julia – Un pequeño desmayo, abuela... Será la emoción. Estos reencuentros familiares tienen que impresionar...

Nina – Pero se ha fugado de la cárcel.

Julia – Tampoco vamos a entregarla a la policía.

Nina – ¡La policía soy yo!

Faustina – ¿No era abogada?

Pablo – Eso creía yo... Lo curioso es que ayer me habría disgustado, pero ahora casi me alegro.

Nina – ¿Ah, sí?

Pablo – Va a acortar muchísimo este reencuentro familiar.

Julia – ¿Qué hacemos con ella?

Nina – Atraco a mano armada, receptación y ahora fuga... Nunca se recuperó el botín de su último atraco.

Pablo – Vaya, vaya...

Julia – De todas formas, es tu abuela.

Pablo – La familia no se elige... *(A Faustina.)* Bueno, ¿y si nos dices para qué has venido en realidad?

Una pausa.

Faustina – Antes de venir aquí he ido a ver a tu padre.

Pablo – ¿Y?

Faustina – No me ha reconocido. Creo que ha perdido la cabeza.

Pablo – Yo también te había olvidado, y tengo la cabeza perfectamente. Es normal olvidarse de alguien a quien llevas veinte años sin ver...

Faustina – El problema es que... necesitaba que él recordase una cosa en particular.

Pablo – Cuenta, cuenta...

Faustina – Fue él quien escondió el botín de mi último atraco.

Pablo – ¿Y ahora no recuerda dónde? ¿Es eso?

Faustina – ¿Tú no tendrás ni idea?

Pablo – ¿Yo?

Faustina – Podría habértelo contado.

Pablo – Mi padre nunca fue de hablar mucho, ni cuando estaba en sus cabales. Ni siquiera me dijo que mi madre estaba en prisión y no enterrada en el jardín...

Nina – ¿En el jardín?

El cuco canta tres veces.

Julia – Y ahora es como este viejo cuco. Se le ha rayado el disco.

Nina – ¡Pero si estamos hablando del dinero de un atraco a mano armada!

Julia – ¿Cuánto?

Faustina – Doce millones.

Julia – ¡Doce millones!

Pablo – Vaya, eso ya es otra cosa...

Julia – Con eso se pueden hacer planes.

Faustina – Podríamos repartirlo.

Julia – Una especie de donación...

Pablo – Para saldar las cuentas.

Julia – ¿Y de dónde salió ese dinero?

Faustina – De la Société Générale.

Nina – Estamos hablando de un robo, ¿no? No de una retirada de efectivo...

Julia *(a Pablo)* – Podrías considerarlo una indemnización por despido.

Nina – Primero tendríamos que encontrarlo...

Pablo – No será tan fácil. Cuando ingresamos a papá en la residencia, tuvimos que vender su casa para pagar parte de los gastos. No veo cómo vamos a pedirles a los nuevos propietarios que nos dejen hacer agujeros en el jardín...

Julia – Por cierto, si no era tu madre, ¿de quién eran los huesos del jardín?

Nina – ¿Qué huesos?

Faustina – El jardinero encontró el botín cuando fue a plantar unos bambúes. Poco después se cayó de un cerezo.

Pablo – Un accidente doméstico, por así decirlo.

Nina – Qué mala suerte...

Faustina – Como trabajaba sin contrato y no tenía familia, tu padre decidió ocuparse él mismo del entierro. Lo sepultó al pie del cerezo, en la más estricta intimidad...

Pablo – Qué triste no poder contar con una familia cariñosa ni el día de tu propio entierro...

Julia – Es verdad... Trabajo en una funeraria y, creedme, a veces sería más alegre que te enterraran en tu propio jardín.

Pablo – Sobre todo si eres jardinero.

Faustina – Después de eso, tu padre decidió esconder el dinero en otro sitio, pero no sé dónde.

Julia – ¿Dónde habrá metido ese viejo loco el dinero...?

Faustina *(a Nina)* – ¿Tú no sabes dónde pudo esconderlo tu abuelo?

Nina – No. Y aunque lo supiera, ¡no os lo diría!

Julia – Pensemos un poco... ¿Qué habrá hecho con esa fortuna?

Pablo – A lo mejor abrió una cuenta secreta en Suiza.

Nina – ¿Te imaginas al abuelo abriendo una cuenta en Suiza?

Pablo – Y habría que saber en qué banco, y el número de cuenta...

Julia – También podría haberlo escondido aquí.

Pablo – Pasó varios meses con nosotros, antes de que Julia insistiera en que lo lleváramos a una residencia...

Julia – ¿Yo?

Pablo – Pues claro...

Julia – ¡Lo que hay que oír! ¡Si eras tú el que decía que no lo soportaba más!

Faustina – Podemos registrar la casa...

Pablo – Tampoco es tan grande. Si hubiera dinero escondido aquí, creo que nos habríamos dado cuenta.

Julia – Salvo que alguien lo encontrara y decidiera quedárselo para él... o para ella.

Nina – ¿Lo dices por mí?

Julia – ¡No, qué va! Pensaba... en la asistenta, por ejemplo. Ya de pequeña te robaba los caramelos, ¿te acuerdas?

Faustina – Puede que se lo llevara a la residencia.

Pablo – Cuando vino a vivir aquí, solo quiso traer ese viejo reloj de cuco que nos da la lata todo el día.

Julia – Y toda la noche...

Pablo – En la residencia no lo querían ni regalado. Así que nos lo endosó.

Nina – Quizá para asegurarse de que pensarais en él, con cariño, cada hora...

Pablo – Por mí, hace tiempo que habríamos llevado esa antigualla a la Cruz Roja.

Nina – ¡Es lo único que te queda de tu familia! Bueno, aparte de tus padres...

El cuco vuelve a cantar tres veces.

Faustina *(mirando su reloj de pulsera)* – ¿Qué hora es?

Pablo – Cuando los enfermeros vinieron a llevarse a papá, eran las tres. Y desde entonces el cuco siempre da tres campanadas. Para hacernos sentir culpables, seguro.

Julia – ¡Un momento, el cuco!

Nina – ¿Qué pasa?

Julia – ¿Y si escondió el dinero dentro?

Todos miran hacia el reloj.

Pablo – Por mirar no se pierde nada...

Mientras Julia registra el interior del reloj, Faustina mira a Nina.

Faustina – ¿Y te gusta trabajar en la policía?

Pablo y Julia siguen buscando.

Pablo – Yo no encuentro nada. ¿Y tú?

Julia – No... ¡Ah, espera!

Julia saca una bolsa de basura del interior del reloj y la abre ante la atenta mirada de los otros tres.

Julia – ¡Una bolsa llena de billetes!

Pablo – Seguro que era eso lo que atascaba el mecanismo a las tres.

Nina – ¿Cuánto había, decías?

Faustina – Unos doce millones de francos.

Pablo – ¿Francos? *(Examina los billetes.)* ¡Joder, si son francos!

Faustina – Claro. Fue hace veinte años...

Estupor general.

Pablo – ¿Y qué hacemos ahora con los francos?

Julia saca su móvil y teclea.

Julia – Los francos franceses dejaron de poder cambiarse por euros el 17 de febrero de 2012.

Pablo *(a Faustina)* – Entonces estamos apañados. Ya me parecía a mí...

Julia mira en el fondo de la bolsa.

Julia – Un momento... Aquí abajo también hay cuatro lingotes de oro.

Faustina examina el contenido de la bolsa.

Faustina – ¿Cuatro? ¡Había ocho! ¿Dónde están los demás?

Faustina los mira con desconfianza.

Nina – Muy bien, abuela. Llámanos ladrones, ya que estamos...

Faustina – ¿Qué hizo tu padre con el resto?

Pablo – A lo mejor se los gastó.

Julia – Mientras nosotros nos dejamos la piel pagando la residencia...

Pablo – ¿Cuánto valen cuatro lingotes en euros?

Nina – Depende de la cotización del oro, pero tiene que ser un buen pico...

Pablo – Quitando los billetes que ya no valen, tampoco será tanto.

Julia – ¿Y qué hacemos?

Pablo – ¿Repartirlo?

Nina – ¡Pero es dinero robado!

Julia – ¡Es dinero de un banco! ¡Los ladrones son ellos!

Faustina – Ahora que lo pienso, entre cuatro... Un lingote por cabeza... Tampoco llegamos muy lejos. Yo menos que nadie...

Julia – Podríamos invertirlo en unas habitaciones para huéspedes en el campo y llevarlas entre todos. ¡Por fin estaría reunida toda la familia!

Los otros tres no muestran ningún entusiasmo.

Faustina – O podríamos jugárnoslo todo al póquer. Que gane el mejor.

Pablo – ¿Al póquer? ¡Ni hablar! Se habrá pasado veinte años jugando a las cartas con sus compañeras de celda. Sería como jugar al Scrabble con un académico.

Nina – Entonces, un juego de azar.

Faustina – ¿La ruleta rusa?

Pablo – La abuela está de broma...

Julia – ¡Ya está! ¡Nos lo jugamos al Monopoly!

Los otros tres la miran atónitos.

Oscuro.

Acto 4

Los cuatro están enfrascados en una partida de Monopoly, en un ambiente de casino.

Nina – Es la primera vez que juego al Monopoly con billetes de verdad...

Nina tira los dados.

Julia – Sí, pero con francos que ya ni siquiera pueden cambiarse por euros.

Nina – Cinco. Suerte. *(Coge una carta.)* «Ha ganado el segundo premio en un concurso de belleza. Reciba 500 francos»...

Pablo tira los dados.

Pablo – Siete. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... ¡Rue de Paradis! ¡La compro!

Faustina tira los dados.

Faustina – Tres. Uno, dos, tres... Caja de Comunidad. *(Lee una carta.)* «Queda libre de la cárcel. Puede conservar esta carta hasta utilizarla o venderla». Me la quedo...

Julia tira los dados.

Julia – Ocho. ¡Belleville! Es mío. Pongo una casa rural y tres habitaciones para huéspedes...

Nina tira los dados.

Nina – Dos. Uno, dos. «Vaya a la cárcel»... Así es como vamos a acabar todos, ya lo veréis...

Pablo tira los dados. Se oye a lo lejos una sirena de policía.

Pablo – Cuatro. Uno, dos, tres, cuatro... Suerte. «La Société Générale le entrega 3.000 francos para instalarse».

Julia – Francos...

Pablo – Fue el banco donde trabajo el que le regaló este Monopoly a Nina cuando le abrimos su primera cuenta.

Faustina tira los dados.

Faustina – Once. ¡Pigalle! ¡Lo compro! ¡Pongo dos hoteles por horas y tres burdeles!

Faustina se dispone a coger dinero directamente de la banca. Nina reacciona de inmediato y la encañona con su revólver.

Nina – ¡Ni toques la pasta, abuela! ¡Aquí el banco lo vigilo yo! *(Faustina apunta a Nina con su propio revólver.)* El mío es de verdad. Será mejor que lo dejes...

Faustina cede y baja el arma.

Faustina – Qué pena que mi propia nieta sospeche de mi honradez.

Llaman a la puerta. Los cuatro se quedan paralizados.

Julia – ¿Quién será a estas horas?

Nina – ¿No habéis oído la sirena de la policía?

Pablo – Me temo que la partida se ha terminado...

Nina – Tan deprisa no. ¡Una partida de Monopoly no se interrumpe así como así! Voy a ver. *(Se levanta.)* Papá, vigila el banco.

Pablo – Descuida, estoy acostumbrado.

Esperan un momento, mirándose unos a otros con desconfianza.

Julia – ¿Un poco más de vino de ciruelas?

Nina regresa.

Pablo – ¿Y bien?

Nina – Eran unos compañeros. Venían a comprobar si la fugitiva se había refugiado en casa de su hijo...

Faustina – ¿Y entonces?

Nina – Les he enseñado mi placa...

Faustina *(aliviada)* – La sangre tira... Ahora sí que eres de la familia.

Nina – La partida continúa...

Julia tira los dados.

Julia – Doce. ¡Los Campos Elíseos!

Pablo – ¡Es mío! Con un hotel, 150.000 francos.

Julia – Y ya estoy arruinada... *(A Pablo.)* Pero nosotros estamos casados en régimen de gananciales, ¿no?

Nina tira los dados.

Nina – Siete. «Pague una multa de 100 francos o coja una carta de Suerte». Cojo una carta de Suerte. *(Lee y palidece.)* «Vaya a la Rue de la Paix»...

Pablo – ¡También es mía! Con un hotel, 200.000 francos.

Nina – Pues yo también estoy arruinada...

Pablo *(a Faustina)* – Ahora quedamos tú y yo... *(Tira los dados.)* La cárcel, solo de visita...

Faustina tira los dados.

Faustina – «Vaya directamente a la Gare de Lyon». Eso es justo lo que pienso hacer en cuanto salga de aquí. Habrá menos vigilancia que en los aeropuertos...

Pablo tira los dados.

Pablo – Aparcamiento gratuito...

Faustina tira los dados.

Faustina – Nueve... Rue de la Paix.

Pablo – ¡Mía! ¡200.000 francos!

Faustina – Estoy en bancarrota...

Julia – Al final, siempre gana el banco...

De pronto, Faustina se apodera del revólver de Nina con un gesto rápido y amenaza con él a los otros tres.

Faustina – Lo siento, pero no tengo elección... *(Los otros tres levantan las manos.)* Esto es un atraco. Nada de movimientos bruscos y todo irá bien. ¡Vamos, soltad el dinero!

Oscuro.

Acto 5

A ambos lados del reloj de cuco, Pablo y Julia, sentados en sendos sillones, se pasan un porro. En la mesita hay dos vasos y una botella. El cuco canta tres veces.

Pablo – El cuco siempre canta tres veces...

Julia – Mmm...

Pablo – Creía que ya funcionaba.

Julia – Funciona.

Pablo – ¿Qué hora es?

Julia – Las tres.

Pablo – Ah, claro...

Silencio.

Pablo – No sé si llegará muy lejos con los lingotes.

Julia – Hasta la frontera italiana, quizá.

Pablo – Espero que al menos nos mande una postal...

Julia – Mmm...

Pablo – Por cierto, ¿qué tal están tus padres? Hace tiempo que no los vemos... ¿No se habrán muerto?

Julia – No, no.

Pablo – ¿Cuántos años tienen ya?

Julia – Ni idea. Son tan mayores... Empiezo a preguntarme si no acabaré muriéndome de vieja antes que ellos.

Pablo – Qué mala suerte tenemos...

Julia – ¿Y eso por qué?

Pablo – Podríamos haber esperado que el destino nos echase una mano de vez en cuando...

Julia – No seas pesimista. Hay que ver la botella medio llena. *(Coge la botella y sirve en los dos vasos.)* Nunca nos ha tocado la lotería, pero tampoco hemos tenido ninguna enfermedad grave.

Pablo – Mmm... Ni una inspección de Hacienda...

Julia – Ni siquiera nos han llamado nunca para formar parte de un jurado.

Pablo – Tienes razón. No hemos nacido con buena estrella, pero tampoco con mala.

Julia – Debimos de nacer bajo un cielo sin estrellas.

Pablo – Nadie se dio cuenta de que nacimos.

Julia – Y cuando nos vayamos, tampoco se dará cuenta nadie.

Pablo – Somos como polizones en ese barco fantasma llamado Tierra...

Siguen bebiendo y fumando en silencio.

Julia – Como siga haciendo este tiempo, podremos cenar en la terraza.

Pablo – ¿Nina viene a cenar con nosotros en Nochebuena?

Julia – Claro.

Pablo – ¿Al final trae el pavo?

Julia – Sí. Pero creo que esta vez vendrá de paisano.

Pablo – Mejor.

Julia – Qué pena que tu madre no haya podido quedarse. Habríamos pasado una velada en familia.

Pablo – Ha llegado como Mamá Noel, pero es ella quien se lleva los regalos.

Julia – No pasa nada. Tendremos una Nochebuena tranquila.

Pablo – No creo que pueda volver a jugar al Monopoly en mi vida.

Julia – Tienes razón. Después de una partida así, todas las demás serían decepcionantes... *(Pausa.)* ¿Y si montamos de todas formas esas habitaciones para huéspedes?

Pablo – Acabo de enterarme de que han suprimido mi puesto en el banco. Ya no podemos contar con mi herencia. Y seguimos teniendo que pagar la residencia de mi padre. Puedo intentar ver la botella medio llena, pero...

Julia – Yo he encontrado la botella medio llena.

Pablo – ¿Cómo dices?

Julia – He descubierto qué hizo tu padre con la otra mitad del botín.

Pablo – ¿Qué?

Julia – El cuco.

Pablo – ¿El cuco?

Julia – Los contrapesos son de oro macizo. Y con la crisis financiera el precio del oro se ha multiplicado por cuatro en los últimos años...

Pablo – ¡No puede ser!

Julia – Cuando aún estaba en sus cabales, tu padre debió de fundir la mitad de los lingotes para hacer los contrapesos. Por si la policía encontraba los demás.

Pablo – El oro siempre es un valor refugio. Como la familia, por supuesto...

Julia – ¿Y bien?

Pablo – ¿Qué?

Julia – Lo de las habitaciones para huéspedes.

Pablo – ¿Por qué no? En el campo me aburriré tanto que no me quedará más remedio que escribir la novela...

Silencio.

Julia – ¿Estás seguro de que esa mujer era tu madre?

Pablo – En cualquier caso, conocía bien a mi padre. Aunque no sé por qué, siempre he pensado que yo era hijo del jardinero...

Julia – ¿Tu madre se acostaba con el jardinero?

Pablo – Eso explicaría en parte el misterioso accidente doméstico que sufrió...

Julia – Por no hablar de tu afición a la agricultura.

Pablo – Y si mi padre era el jardinero, por lo menos sé dónde encontrarlo. En el jardín.

Julia – Sí... Pero no en el nuestro...

Silencio.

Julia – ¿Te quedan plantas de tomates cherry?

Pablo – No. Nos las hemos fumado todas.

Julia – Cuando vivamos en el campo tendrás que plantar más.

El cuco empieza a cantar sin parar, emitiendo sonidos completamente nuevos.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Abril 2023

978-2-37705-923-2

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.